

Cartas a La Habana



Jorge Fornet

Casa de las Américas. La Habana, Cuba

En la fotografía se le ve saliendo de La Bodeguita del Medio. Lo acompañan César Fernández Moreno, Paco Urondo, Enrique Lihn y Roberto Fernández Retamar. Sonríen y parecen felices. Han pasado días hablando de poesía, compartiendo experiencias y disfrutando momentos como el que acaban de vivir minutos antes en el célebre restaurante habanero. El original de esa foto, escribirá cuarenta y cuatro años más tarde, cuelga en la pared de su casa en La Cumbre: “la miro cada vez que voy y recupero las imágenes de ese enero de 1967, cuando el homenaje a Darío y esa animada circulación de gracias que tenía el encanto de una bocanada de aire” (carta a Silvia Gil, 15 de mayo de 2011).¹

La relación de cercanía de Noé Jitrik con Cuba, y más particularmente con la Casa de las Américas, había comenzado dos años antes de aquel encuentro, en 1965, cuando su poemario *Addio a la mamma* obtuvo mención en el Premio Literario convocado por la institución. Ese año, el jurado de poesía resultó ser de lujo: José Lezama Lima, Nicanor Parra, Jaime Sabines, Allen Ginsberg y J. M. Cohen. Fue Parra, precisamente, quien al escribir la nota de solapa de la obra premiada, *Oid mortales*, de Víctor García Robles, aprovechó la ocasión para hacer el elogio del volumen de Jitrik.

Dos años más tarde, en enero de 1967, este llega por primera vez a la Isla invitado a participar en el *Encuentro con Rubén Darío* que tuvo lugar en Varadero con motivo del centenario del nicaragüense. Fueron días cruzados con amigos de varias partes, incluidos algunos compatriotas. “Me encontré con Marechal, Viñas, Dalmiro Sáenz, Fernández Moreno, Urondo, García Robles, Jitrik y Rozenmacher”, le escribiría Cortázar a Francisco Porrúa a propósito de esa estancia en la Isla (24 de febrero de 1967, en *Cartas 1965-1968*: 377). De la presencia de Jitrik en esa ocasión quedaron como testimonio, sobre todo, aquella foto y la publicación, en el N° 42 de *Casa de las Américas* dedicado a Darío, del poema “Con las botas puestas”. En unas palabras de tributo para Ángel Rama escritas casi veinte años más tarde (“Ángel Rama: una imagen”), Noé recordaría cómo en aquel Encuentro la presencia del uruguayo resultó providencial. Por entonces, el modo que el propio Noé tenía de ver el modernismo —confesaría en esas páginas— “era estrecho y poco imaginativo”, de manera que cuando él lanzó sus “inepcias” en Varadero, el “viejo [Carlos] Pellicer me fulminó con los ojos”, y Rama

1 Todas las cartas citadas pertenecen al Archivo de la Casa de las Américas, salvo cuando se indica la fuente.

intervino en la “labor de salvataje”. Más allá de lo anecdótico, vale la pena señalar que aquel mes cubano forjaría relaciones perdurables y profundas.

Al regreso a Buenos Aires Noé le escribe a Marcia Leiseca para decirle que todavía está “masticando” la experiencia cubana y —como muestra del interés por los temas del momento— desear que la zafra azucarera “sea incomparable” (carta del 26 de febrero). Una y otra vez aparecerá en la correspondencia que fluirá a partir de entonces su labor como mediador para contactar a otros intelectuales y servir de puente entre ellos y la Casa. La relación es de tal confianza que llega a involucrarse, además, en compromisos mayores. En su respuesta del 13 de mayo de aquel 1967, por ejemplo, Marcia le solicita implicarse en actividades a favor de Cuba por el 26 de Julio. Una solicitud similar le hará Haydee Santamaría para la misma fecha del año siguiente: “Conociendo su amor por Cuba y nuestra Revolución, me atrevo a pedirle esta colaboración que ayude a identificar a su pueblo con el espíritu de rebeldía que nos condujo a la acción del Moncada” (carta del 3 de junio de 1967). No era un gesto vacío. Haydee no solo era la fundadora y directora de la Casa de las Américas, sino también heroína de la Revolución desde la primera hora, y había participado en las acciones paralelas al asalto al Moncada. Tales peticiones no significan en modo alguno que Noé fuera visto desde La Habana como un endurecido militante. De hecho, en la misma carta en que Marcia le pide ese gesto de solidaridad, le asegura que “tu frase de *el ser pequeño burgués no se olvida por decisión*, me trajo muchos recuerdos, sé y comprendo todo lo que eso significa”, pues le confiesa haber vivido un conflicto similar.

Por otra parte, Noé no dejaba de comentar la realidad de su país. En una carta a Chiki Salsamendi del 26 de abril de 1967 cuenta novedades argentinas: “Dalmiro [Sáenz] ha sido entrevistado por TV y ha dicho que había estado en Cuba y que no le disgustaba en absoluto. Vieras lo que pasó: levantaron el programa y echaron de TV y radio (oficiales) al locutor que, por otra parte, a los dos días de la cuestión hizo acto de contrición y cantó la palinodia. Este tipo de cosas está ocurriendo por aquí”. Dalmiro, por cierto, había ganado el Premio Casa de las Américas de teatro con la obra *Hip... hip... ufa!*, y a raíz de su viaje escribió la crónica “Cuba, ese país” (que fuera recogida en el volumen *Cuba por argentinos*. Buenos Aires, Merlín, 1968).

El epistolario no cesa: una nueva carta a Marcia, fechada el 21 de junio de 1967, vuelve sobre las interioridades del entorno literario argentino y pone en evidencia que las decisiones de la Casa podían provocar tensiones al interior de los medios literarios de los países de la región. Noé se refiere en esa carta a

(...) un recorte de *Extra* relativo a Marta Lynch y a Cuba. Sostiene que Uds. la invitaron al Concurso; preguntada por qué no fue, elude una respuesta y, finalmente, se compara con los que fueron diciendo que no tiene la edad de Marechal, ni vive en París como Cortázar, ni es católico como Dalmiro. Me pregunto si la invitaron y por qué; me gustaría que fuera megalomanía de ella; en ese caso, también me gustaría ponerla en descubierto; estamos llenos de gente que especula con la literatura y con la izquierda, como si hiciera realmente literatura y como si eso implicara un deslizamiento irreprimible, y ambiguo, hacia la izquierda.

Ciertamente, Marta Lynch integraría el jurado del Premio Casa en 1970, pero antes la revista de la institución le había publicado —en el N° 53, de 1969, el mismo en que apareció un ensayo de Noé sobre Borges al que volveré— un cuento que evoca la gesta del Che Guevara en Bolivia. Fechado en septiembre de 1967, cuando el Che aún vivía, el cuento está dedicado “A Tania, ciudadana argentina y guerrillera, muerta por los soldados del Régimen Barrientos. En Bolivia—agosto de 1967”. Los intereses de Jitrik en aquella carta, sin embargo, no se detienen en ese tipo de diferencias más locales y circunscritas,

de ahí que pase a preguntarle a su interlocutora sobre la posición cubana respecto al conflicto árabe-israelí, en referencia a la guerra de los Seis Días que tuvo lugar entre el 5 y el 10 de junio, o sea, apenas unos días antes. Frente a la postura de la izquierda, da su opinión: “Pienso que la crítica es el mayor instrumento que posee la izquierda y la mayor ventaja sobre el imperialismo, y la crítica lleva a la realidad: declinar del instrumento no es solamente desvirtuarse sino debilitarse frente al enemigo principal. Y esto es lo que me aflige del conflicto, que no aparezcan las voces críticas”.

Establecido en Besançon (para cuyo “pobrísimos Instituto” pide enviar libros), Noé recibe la edición cubana de *Addio a la mamma*, diseñado e ilustrado por Umberto Peña: “precioso libro que me regocijó; Peña lo supo encontrar, siguiendo literalmente la idea del título, una gracia que ojalá el libro tenga. Me regocijó, me encontré algo así como reconciliado conmigo mismo”, le escribe a Marcia el 31 de octubre de 1967. Y a Ada Santamaría, directora de la Editorial de la Casa, le dice haber recibido el libro “preciosamente publicado por ustedes, con la ilustración naïve de Peña que es la mejor interpretación que gráficamente se podía hacer: mamar y destete, en definitiva conflictos básicos del ser humano, bah, por lo menos para lo que quiero decir en ese libro” (carta del 17 de enero de 1968).

Para cuando escribía esa carta acababa de concluir el multitudinario Congreso Cultural de La Habana el cual, según Claudia Gilman, se propuso reunir “por primera vez desde 1936, un congreso mundial de intelectuales, apelando a todas las formas posibles de lucha contra el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo”. Lamentablemente, Jitrik recibió tarde la invitación y no pudo llegar esa vez a La Habana. Con Cortázar, que estuvo presente, Ada le envía una nota en la que le pregunta si puede prologar una nueva edición de los cuentos de Horacio Quiroga para la colección de clásicos Literatura Latinoamericana. El argumento utilizado es que la selección prologada por Ezequiel Martínez Estrada y aparecida en 1964 se agotó, y la Casa quería sacar otra, reuniendo tal vez dos de los mejores libros de Quiroga en un solo volumen (carta del 15 de enero de 1968). Poco más de una semana después, el 23 de enero, Noé acepta la propuesta pero no le queda claro si le piden un prólogo para la selección de Martínez Estrada, que “me parece insatisfactoria”.

Menos de un mes después, el 13 de febrero, Ada le solicita, además, el prólogo de *Adán Buenosayres* para la misma colección, o de lo contrario “tendré que retirar el libro de imprenta”. El intercambio se intensifica en esos días. El 7 de marzo le comenta a Ada que la selección de Quiroga estaba lista y que al día siguiente empezaría a escribir el prólogo; en cuanto al de *Adán Buenosayres*, dice, demorará un poco más: “De todos modos, me halaga que me pidas esta colaboración que es muy poca cosa para lo que ustedes están haciendo”. Ada no había recibido esa respuesta cuando volvió a escribirle a Noé para que no se preocupara por este último prólogo, pues lo asumirá “un argentino residente en París que se llama Héctor Schmucler”. En cuanto al volumen de Quiroga (la carta de ella, por error, habla de Vallejo), el Consejo de la colección propone dos opciones: mantener la selección de Martínez Estrada y agregar los cuentos que Noé determine, sumando su prólogo al de aquel, o realizar una nueva selección que no incluya nada de la anterior, y con otro título. La respuesta a Ada (del 9 de marzo) es previsible: si el Consejo elige la primera opción, él no la tocaría pues sería como enmendarle la plana a Martínez Estrada; si se elige la segunda, se pondría a trabajar cuanto antes. En cuanto a Schmucler, le parece bien la elección, pues “es lo suficientemente responsable y serio como para hacer un buen trabajo”. En verdad, el nuevo volumen sobre Quiroga con una selección más amplia —en la que se mantuvo exclusivamente el prólogo de Martínez Estrada, y en la que Noé no estuvo involucrado— solo apareció en 1999, es decir, treinta y cinco años después de la primera. Tampoco Schmucler prologaría la novela de Marechal, que la Casa publicó en 1969.

Pero el énfasis de la carta del 7 de marzo de 1968 va por otros rumbos y muestra la perenne capacidad crítica y de análisis de su autor. A propósito del tema le había escrito a Marcia desde Besançon el 21 de noviembre del año anterior: “He comprado en París el *Granma* con el discurso de Fidel sobre la muerte del Che. Este episodio me tiene enfermo; el discurso me parece doloroso, desgarrado pero lleno de seguridad en la revolución”. Ahora lo aborda desde otro ángulo. Dice haber recibido el número de *Casa* dedicado al Che (46, 1968), que lo emocionó, pues “todo lo que lo evoque me emociona”. Le parece prematuro, no obstante, el punto de vista con que se le ha encarado, pues hubiera preferido un número conformado con documentos. Las “impresiones” de escritores, aun siendo muy sinceras, “tienen algo de hecho por encargo y, por lo tanto, de quebradizo”. “Son ‘almas’ desgarradas que balbucean por lo general lugares comunes o frases hábiles”, escribe Jitrik, “que, estando superados por el objeto, marcan no obstante una cierta inevitable superioridad que acompaña los actos de los miembros de esta raza torpe que integramos los intelectuales”. Confiesa que lo conmovió una frase de Haydee “realmente profunda y poética”, y también salva algo de Cortázar y de Urondo. Comprende que “es difícil escribir en homenaje a”, y que se quiera homenajear a un ser puro y a quien se admira, pero el homenaje debiera consistir en otra cosa. “Me quejo un poco porque quisiera que todo lo que hacen ustedes sea muy eficaz, muy diferente. Además, respondo a un natural impulso de crítica. Tal vez no agrega nada pero tal vez también sea una manera de objetivar un esfuerzo”, concluye.

Habitado a trabajar bajo presión y a cumplir con encargos que lo asediaban, Jitrik, sin embargo, parecía no sentirse cómodo ante solicitudes que apelaban tanto a disquisiciones intelectuales como a cuestiones sentimentales. Cuando Roberto Fernández Retamar le pidió un texto o mensaje para un número por los diez años de la Revolución (a la postre sería el 51-52, de 1968-1969), Noé respondió en términos que recuerdan sus comentarios al número del Che: “Imposible pedirle a nadie con tan poco tiempo que haga nada o mande algo”. De todos modos, añade, se puso a pensar a toda marcha “y pergeñé esto que te mando y que no sé muy bien qué es”. Padece de circunstancialidad y de haber sido hecho a requerimiento, comenta, y por eso mando también un poema escrito el año anterior; “creo que tiene que ver con Cuba y la Revolución”. Le delega la elección al director de la revista, y casi a modo de disculpa agrega: “no quisiera rebajar el nivel de la revista con algo que por fuerza tengo que mandarte ya mismo y respecto de lo cual no tengo demasiada perspectiva. Tan intranquilo me siento que escribí otro texto más, pero era francamente trivial por querer ser poco enfático. En fin, tribulaciones a que me sometés” (carta del 15 de octubre de 1968). Un cable de Retamar del 31 de octubre le dice que el texto es “muy hermoso”, y que, además, su ensayo sobre Borges aparecería en el número siguiente.

“Escritura y significado en *Ficciones* de Jorge Luis Borges”, publicado en la revista *Casa de las Américas* (Nº 53, 1969), fue uno de los poquísimos textos dedicados a ese escritor editados en Cuba durante muchos años. Borges, a quien los escritores cubanos admiraban desde los años 1920, y que fue venerado por los jóvenes intelectuales que se adhirieron a la Revolución, no tuvo reparos en sumar su firma para apoyar la invasión contra Cuba en abril de 1961. Desde entonces su nombre prácticamente desapareció de las publicaciones cubanas. El ensayo de marras forma parte, pues, del titubeante reencuentro de las publicaciones cubanas con el autor de *El Aleph*.

Invitado a ser jurado del Premio Literario de la Casa en 1969, Noé pidió viajar con Tununa, quien estaba ansiosa de conocer Cuba y su Revolución. La Casa aceptó y llegó a situar el pasaje de ella en la embajada cubana en Madrid, pero finalmente debió cancelarse porque a Tununa le resultó imposible viajar en la fecha prevista. En los días habaneros Noé participó en varios paneles; en uno disertó sobre “Realismo y antirrealismo”, y fue respondido por Jean Franco y Ángel Rama, mientras que en el siguiente él mismo fue uno de los comentaristas de la intervención de Rama sobre

“Fantasmas, delirios y alucinaciones”. Sus intervenciones forman parte del volumen *Actual narrativa latinoamericana* (1970).

Durante esa estancia recibió un nuevo encargo editorial. “Cuatro meses y diez minutos después de haberse comprometido” a cumplirlo —le escribiría a María Rosa Almendros, quien para entonces había sustituido a Ada Santamaría al frente de la Editorial—, concluyó el prólogo de *Facundo* (desconozco las razones por las que el libro solo se publicaría, con otro prólogo, en 1982). Aunque sigue en Besançon, aprovecha la carta para comentar la agitada vida política en su país, y no reprime su vocación crítica. Para entonces había leído ya los libros premiados por la Casa ese mismo año. Comenta cada uno de ellos, salvo la novela (*Los fundadores del alba*, del boliviano Renato Prada Oropeza), de la cual había sido jurado. “Lo que más me gusta”, dice en referencia a *Taberna y otros lugares*, “es el libro de Roque [Dalton]. Me parece que es una cosa importante”. Sobre los otros tres, en cambio, “no estoy tan seguro: es evidente que durante un concurso no todas nuestras capacidades actúan”. El nivel le parece discreto: *Desnudo en el tejado*, el libro de cuentos de Antonio Skármeta, lo encuentra narcisista; a la pieza teatral *El cruce sobre el Niágara*, del peruano Alonso Alegría, le falta desarrollo, y el ensayo de Héctor Béjar Rivera (*Perú 1965: apuntes sobre una experiencia guerrillera*), que terminó de leer “cuando empezaron los líos argentinos, terminó el primer round de las elecciones francesas y dieron la película *Z* en esta piccola ciudad”, le provoca “una depresión terrible” (carta del 11 de junio de 1969).

Dos meses después le escribe a Retamar, pidiéndole que “suspendan los envíos de *Addio a la mamma* con que han colmado mi vanidad de autor”. “Dios me libre” de recibir más ejemplares, remata, “ya no sé a quién inflingírselos”. Ese humor, no del todo frecuente en las cartas, se desborda aquí, sobre todo al contar una estrafalaria anécdota:

(...) el martes 2, a las 11 de la mañana, en una autorruta italiana, un auto francés se obstinó en no dejarme ser prudente y con empeño sumo me tiró al borde del camino. Por un instante fui el espectáculo más importante del lugar, lo que no es poco decir porque antes de mi vuelco —con incendio y todo— hubo cinco encontronazos de la misma índole. Pero, como diría tu amigo Eliseo Diego, parece que hay Dios porque a pesar del topetazo y el calor salimos del auto todos los que allí no por azar nos encontrábamos sin un rasguño; hasta la botella de Coca-Cola semillena conservó su dignidad —y su nivel. Pero a golpes se hacen los hombres y se deshacen los coches: como en un vulgar film de Godard tomamos el hatillo y nos dirigimos más bien desairadamente hacia un pueblo en la cosa [sic] para reponernos de tan abundantes emociones. Allí tomamos sol y además contamos el accidente la cantidad de veces necesaria para que se nos tuviera en cuenta; alguno, incluso, nos preguntó que se siente cuando se retorna. (carta del 19 de agosto de 1969)

Un número de la revista *Casa de las Américas* recibido algunos meses después le resulta de particular interés: “el horno sigue emitiendo panecitos calientes y bien sabrosos”, le escribe a Retamar el 7 de diciembre de 1969. “Es un baño leer la Revista, juvenicia encarnada en vibrantes artículos y poemas”. Pero lo que lo atrae de aquel N° 53 del año en curso, sobre todo, y es ese el tema en el que se detiene, es la mesa redonda “Diez años de revolución: el intelectual y la sociedad”, en la que tomaron parte Roque Dalton, René Depestre, Edmundo Desnoes, Roberto Fernández Retamar, Ambrosio Fornet y Carlos María Gutiérrez. Se trataba, sin lugar a dudas, de uno de los más importantes temas a debate en la época, y que tanto preocupaba a los intelectuales reunidos en Cuba. No es por azar, dicho sea de paso, que en una carta anterior María Rosa le pidiera enviar los dos tomos de *Literatura y revolución*, de Trotski, recién publicados por Ruedo Ibérico: “Te lo agradeceríamos mucho, pues nos hacen mucha falta” (carta del 20 de noviembre).

Sobre la mesa redonda propiamente dicha expresa: “tengo la impresión de que el problema es más de sociedades donde no se ha hecho la revolución que de aquellas en las que se ha hecho y funciona: aquí, creo, los intelectuales deberían estar lanzados a los grandes problemas, a las grandes cuestiones de fondo y no confinados en lo que me parece previo, o sea cómo hacer para que los intelectuales lleguen a cumplir alguna vez, sin desviaciones, alienaciones ni compulsiones, su papel”. Quizá, razona, la mesa redonda tuvo otra finalidad: “la de hablar públicamente de algunos problemas que cuando yo estuve se hablaban *en tête-à-tête*, a saber lo que estaba significando en el caso o situación Padilla; si es así, me parece muy bien, mis observaciones son posteriores, lejos ya de la primera justificación”. Y vuelve sobre el tema de la crítica, que ya había esbozado al hablar de la respuesta de la izquierda al conflicto árabe-israelí: “crítica no es sinónimo de ‘destrucción’ y, por lo tanto, no se le puede hacer desaparecer porque en un caso se aplica a una sociedad injusta y en el otro a otra de fundamentos justos: la crítica cumple un papel y resulta de una necesidad, me parece, que encuentra su objetivo siempre y detrás de la cual se conserva lo más importante y animado de la inteligencia humana” (carta del 7 de diciembre de 1969).

Todavía el 3 de abril de 1970, en nueva carta a Retamar, lamenta no haber podido ponerse a analizar todavía la mesa redonda. En cuanto a la situación de la guerrilla urbana y la contraguerrilla en su país, de las cuales daba cuenta esa semana *La Nación*, admite que “esta animación es reanimadora y al mismo tiempo asustante, uno tiene las vacilaciones pequeño burguesas conocidas y no sabe hacer otra cosa que poner el culo al norte, como hacen según es tradición oral y literaria las vacas de mi tierra. Pero como animado, está animado”. Llama la atención también sobre el hecho de que “todo parece indicar que hay una gran disolución intelectual y acaso moral entre los escritores o intelectuales argentinos: como no se sabe qué se puede hacer nos dedicamos a destruirnos y a descubrir que no nos aguantamos”. Al margen del conflicto, sintetiza, “desde hace un tiempo preconizamos todos, o casi todos, una acción intelectual o artística tendiente a disolver o corromper a la burguesía, denunciándola en sus repliegues más delicados. La cosa ya está, la burguesía argentina está en putrefacción pero nosotros también caemos en la volteada. ¿Habrá estado y estará nuestro destino ligado al de la burguesía? Lindo tema para meditar; en todo caso, no parece fácil tener una mística del futuro a todo trapo”. Retamar aprovecha la idea para pedirle que trabaje sobre ella, una nota o carta publicable en la revista *Casa* sobre una eventual vinculación de la intelectualidad argentina con la burguesía. Noé acepta, pese al “cúmulo de trabajo”, aunque a la postre nunca enviaría el texto.

La realidad cubana, entre tanto, lo mantiene expectante. Si en la mencionada carta del 7 de diciembre de 1969 calificaba de “sensacional” el discurso de Fidel de los Diez millones (“Destaca allí algo relativo al sentido del honor del hombre francamente conmovedor. Yo estoy seguro de que la cosa va a andar. El sacrificio vale la pena”), en esta del 3 de abril de 1970 comenta, con nuevas dosis de humor: “Espero que los 10 millones sean una realidad muy pronto: sigo las cifras con la manía de mi espíritu matemático (no te olvides que pertenezco a un pueblo de antiguos pastores que hicieron del símbolo —la moneda— un campo fecundo de especulación) y de mi antigua profesión de tenedor de libros, en la cual habría podido permanecer con calma si no se me hubiera ocurrido que tal vez podría escribirlos”. La zafra de Diez Millones de toneladas de azúcar, como se sabe, no se consiguió, el país quedó económicamente exhausto y las confrontaciones ideológicas se acentuaron.

Ante tensiones crecientes, en la tercera y última reunión del Comité de colaboración de la revista *Casa de las Américas*, celebrada en enero de 1971, sus miembros (entre quienes se encontraban Mario Benedetti, Cortázar, Roque Dalton, Rama y Vargas Llosa) acordaron ampliar de manera notable el Comité y modificar su funcionamiento. Jitrik fue uno de los nuevos invitados, y a mediados de marzo hizo saber que aceptaba formar parte de él.

Ese mismo mes, sin embargo, fue detenido el poeta Heberto Padilla. La conocida tormenta que el hecho desató en los medios culturales del continente y más allá, no solo frustró la existencia de dicho Comité sino que enrareció las relaciones con muchos intelectuales, incluso con parte de aquellos que no rompieron con la Revolución cubana. No es extraño que, en tales circunstancias, la relación epistolar más o menos fluida de Noé con la Casa de las Américas se interrumpiera. De hecho, las cartas solo comenzarán a circular nuevamente a finales de la década siguiente.

Para entonces, desde México, aprovechará a un viajero “para enviar a la biblioteca algunos de mis últimos libros, con el perverso fin de empobrecerla”; confiesa que en uno de ellos, *El callejón*, “evoco alguna noche ‘varaderiana’ y tantos nombres, tanta cosa perdida por ahí” (carta a Roberto Fernández Retamar, 5 de marzo de 1988). Muy pocos días más tarde (el 17 de marzo) el propio Retamar le envía una invitación para participar en el Encuentro sobre Estudios Literarios de Nuestra América, al que asistirían una veintena de críticos, teóricos e historiadores de la literatura latinoamericana como Hugo Achugar, Fernando Alegría, John Beverley, Antonio Cornejo Polar, Jean Franco, Nelson Osorio, Ana Pizarro e Iris Zavala, entre otros. Noé aceptó entusiasta, aunque luego le resultaría imposible viajar.

Sí pudo concretarse, en cambio, una nueva invitación a integrar el jurado del Premio Literario en 1992. Tras confirmar su presencia, Retamar le respondió que sentía una gran felicidad porque “podremos reanudar una conversación por otra parte nunca interrumpida, puesto que nunca se interrumpió nuestra amistad, sino todo lo contrario: a pesar de la distancia, creció mientras crecía mi admiración por tu obra” (carta del 31 de mayo de 1991). Esa vez en que Noé fue jurado de poesía dejó un voto personal discrepante de la mayoría: “Otorgo mi voto particular a favor del libro *Chorro de las iluminaciones*, de Néstor Perlongher”, y fundamentaba su opinión en el hecho de que ese poemario entrañaba “un acto de ruptura no sólo en el orden de la lengua (por sus modismos, infracciones y neologismos) sino en el de la poesía misma; por su vibración intensa es, en su conjunto, un hecho nuevo, con una propuesta poética neobarroca, acorde con una de las líneas de búsqueda de la poesía latinoamericana más radical”.

Noé rememoraría ese último viaje al escribir para *Página/12* —a propósito de la visita de Fidel Castro a la Argentina en octubre de 1995 con motivo de la V Cumbre Iberoamericana— un texto titulado “Siempre el mismo resplandor”. Habla allí de la Cuba que encontró entonces, tan distinta de la que había conocido veintitrés años antes. La situación durante aquella primera mitad de la década de 1990, era cada día más angustiosa tras la desaparición de la Unión Soviética y el llamado socialismo real en la Europa del Este. “Sé que las dificultades en la isla son cada día mayores”, había expresado en un mensaje de 1993. “No hay mucho que decir al respecto; debe ser cuestión de aguantar; espero que lo puedan hacer y que la penuria no los quiebre” (carta a Fernández Retamar, 3 de marzo).

Con motivo de la llegada al N° 200 (1995) de la revista *Casa de las Américas*, Retamar le pidió a un grupo amplio de intelectuales que enviaran mensajes de saludo o de balance para reproducir en ese número. Noé envió un texto —por entonces las palabras entre ambos ya viajaban por correo electrónico— en que expresaba que la conmemoración no debería quedar solo en el justiciero reconocimiento de los méritos de la publicación, “que los tiene y muchos, en especial por lo que ha significado como lugar de resistencia, pero también porque ha dado lugar a nombres y obras, ha hecho conocer y ha difundido con una generosidad equivalente a las dificultades que ha debido vencer en cada entrega”. Un trabajo por hacer, añade, “sería describir y reconocer lo que ha hecho en y para la inscripción de su tiempo histórico”, pues hay en sus páginas “una crónica directa e indirecta del proceso de la Revolución cubana y de los enormes esfuerzos que le ha costado a Cuba y al Continente la afirmación de un derecho y de

una identidad». Haber llegado al N° 200 es una proeza, pero implica un balance: “lo que ganó es mucho, superior a lo que perdió, aunque sin duda algo perdió o bien no consiguió alcanzar: actuó en condiciones difícilísimas para la literatura en la propia Cuba y ahora también en el mundo, donde lo que se pide y se espera es tal vez otras cosas, que no atinamos del todo a perfilar”. “Siempre pensé”, afirma, “que si bien lo político está en todas partes y hacerlo explícito estimula los nervios cansados de la literatura, admitir sin discusión su predominio en exceso puede llegar a disminuir sus facultades. De este modo, y consecuente con mis propias ideas sobre estas relaciones, veo en la transformación, en el recentramiento de sus fines, el sentido de su continuidad”.

Ese ya de por sí agudo y cuestionador mensaje enviado el 9 de julio de 1995 había estado precedido por otro de cuatro días antes con algunas ideas similares, pero en un tono y con propuestas muy diferentes. En este respondía con dureza la solicitud del director de la revista, al punto de que se sentiría obligado a reescribir su respuesta. Una conmemoración “debe ser un acto de sinceramiento para no ser un gesto vacío”, expresaba en esa primera versión. Por ello, “y para ser fiel a nuestra amistad”, debo decirte que siento que el ciclo de la revista “ha concluido, su presencia ya no es la misma y el riesgo de la repetición acecha cada una de sus apariciones. Y no porque haya perdido calidad: ha perdido incidencia”. Considera que “en vista de las modificaciones que por fuerza se dan en el proceso político y económico cubano, deba adecuarse y, prudentemente, salir del escenario”. Es “una suerte de ley que rige la vida de las revistas: no pueden prolongarse indefinidamente, deben admitir el paso del tiempo, tan ineluctable para ellas como para las personas”. No faltará imaginación, remata, “para proyectar alguna nueva revista que se haga cargo de la estética que se ha ido forjando en estos años de hierro y de sacrificios, la palabra se va modelando en el combate de los días y tiene sentido una revista que lo recoja, lo condense y lo promueva”. Pese a que Noé sintió que debía morigerar su implacable diagnóstico, este primer mensaje es muestra de la franqueza con la que se hablaban los corresponsales.

Cuando el N° 244 (2006) de *Casa de las Américas* recuperó una entrevista que, en 1991, el chileno Sergio Marras le realizara a Retamar, en la que este, más de una vez, se refería a Sarmiento en términos no del todo elogiosos, Jitrik sintió que debía escribirle. Las alusiones del cubano no eran particularmente ácidas, aunque no perdía ocasión de considerar a Sarmiento “un ejemplo clásico por su grandeza, por su talento y por su desvarío”. Y más adelante afirmaba: “Cuando Sarmiento y pensadores como él propusieron la imposición de la ‘civilización’, lo que hicieron fue sencillamente convertirse en escuderos de la explotación ejercida por los países subdesarrollantes”. Esas opiniones provocaron la informal respuesta de Noé el 11 de octubre de 2006. Fue el inicio de una polémica tan aguda como amistosa sobre la figura y el papel del autor de *Facundo*, en torno al cual tenían, en algunos puntos, posiciones divergentes. En su primera respuesta, al día siguiente del mensaje de su interlocutor, el cubano advertía: “Le debo a un gran maestro argentino, Martínez Estrada, haber repensado el caso de Sarmiento, como lo repensó antes él mismo”. Jitrik respondió el 14 de octubre, y en un nuevo mensaje, del día 17, Retamar recalca: Sarmiento “[a]lfabetizó a los ‘blancos’ y postuló asesinar a los ‘indios’ y ‘gauchos’. No lo digo yo (ni mi maestro Martínez Estrada): lo dijo e hizo él”. Otra respuesta de Noé del 19 de octubre sería contestada cuatro días más tarde por el mensaje de Retamar que cierra el diálogo. Noé se sintió tan complacido con el intercambio que tiempo después le propuso a su colega publicarlo; este no se sintió cómodo con la idea y el diálogo permaneció inédito. Pasados varios años, sin embargo, Jitrik volvería a enviárselo con el reiterado interés de darlo a la luz: “para mí sería un orgullo y un acto de amistad” (carta del 4 de julio de 2015). “He releído las cartas”, responderá el cubano nueve días después, “y no tengo óbice a que se publiquen. Decididamente, ojalá que todas las polémicas sean como esa

que mantuvimos”. El intercambio, en efecto, se publicó con el título “Cartas sobre Sarmiento: una conversación” en la antología *Sarmiento: el regreso* (Eduvim, 2016).

En el ya mencionado texto “Siempre el mismo resplandor”, escrito a propósito de la última visita de Fidel a la Argentina, Noé intenta hacer un balance de la situación cubana, algo así como un ajuste de cuentas después de tantos derrumbes. Aunque el sueño del socialismo enunciado por el Che —dice en esas páginas— tal vez no movilice ahora “a los pobres ni a los seres de barro” que tomarían el poder, al menos engendraron en un país “una resistencia muy general al lugar común; no universalmente compartida quizás, pero lo suficiente como para que la imagen de la experiencia no pueda ser borrada sin más, como si no importara”. Leídas hoy, casi treinta años después, esas palabras contienen una verdad que sobrepasa cualquier contingencia, e incluso cualquier posible naufragio. Lo que concluye Noé —con un vocabulario que suena remoto— sobrecoge y conmueve, sobre todo en momentos tan inciertos y desalentadores como los que vivimos: que la experiencia sigue importando, “como importa América Latina, como importan los pobres del mundo, la decencia y la honestidad política y, sobre todo, el alma de los pueblos”.

